

UN VITORIANO ILUSTRE

MANUEL IRADIER

I

DON Manuel Iradier y Bulfi, el *explorador africano*. He ahí el nombre preferido y olvidado de uno de los más sapientes y preclaros hijos de Vitoria, cuyos excepcionales y brillantes méritos tal vez no hayan sido estimados en lo que realmente valen. Muchos vitorianos han existido que honraron y avaloraron la nombradía de su ciudad nativa. Pues éste, es de los que en justicia puede haber contribuido mayormente á su fin, si para ello se considera y tiene en cuenta su perseverante é infatigable estudio y su incesante laborar mental y material en diversos órdenes científicos durante los últimos pasados tiempos, hayan reducido esplendorosamente esos trabajos como debiera y fuera equitativo y racional, ó hayan pasado desapercibidos ante el silencio y desconsideración de los humanos. Á mi juicio, Iradier es el mineral, el rico filón minero que existiendo y acrecentándose en las capas superficiales de la sociedad y que no teniendo más que remover ligeramente aquel suelo para obtener considerables y asombrosos rendimientos con su producto, aquella misma sociedad como compañía de inexpertos mineros no supo (ó no quiso) descubrir aquellos vastos yacimientos que bajo sus pies se hallaban y pasaron aquellos sabios y descreídos ingenieros de la inteligencia humana, escépticos é imperturbables, hollando con sus pisadas un cuantioso tesoro que ignoraron y llegaron á despreciar; es la piedra preciosa que se pierde por no haberla sabido buscar; es, en fin, el exquisito y sustancioso fruto de un vegetal con que la Naturaleza nos brindó generosa y con que no nos

supimos alimentar por no haber sabido analizar y descubrir así, su raro poder alimenticio. Justo es, pues, que los que conocemos su plétorica y clara inteligencia, su enérgica é inflexible voluntad siempre encaminada al bien, su bondadoso y atrayente carácter, sus humanitarios y cristianos sentimientos y lo fecundo y magno de la obra de su vida, le rindamos constantemente pruebas y testimonios de admiración y aprecio, ya que la justicia social no lo ha hecho.

Yo no creo por tanto en esa justicia; pues si es justicia, hay que confesar y convenir también en que tiene mucho de injusticia.

Y ya que parece sentirse actualmente el deseo de reavivar la existencia del Ateneo vitoriano, oportuno será recordar como ejemplo, la memoria de uno de sus diligentes miembros en pasados días.

Si Vitoria ha de enorgullecerse de alguno de sus hijos entre los contemporáneos, es de ese, de Iradier. No ha sido Iradier de los que ha deslumbrado á su sociedad y su época por ser el clarín de la caprichosa y voluble diosa Fama, el portavoz de su nombre en sus toques vibradores y llamantes; pero sí ha sido el hombre abnegado que estudia y trabaja en el silencio y apartamiento de su casa ó un gabinete, huyendo de las observaciones ajenas. Si no fuera porque era el lugar adecuado á sus aficiones, diría que efectuó sus exploraciones en el África porque no le viéramos. Pues Iradier hablaba poco y hacía mucho. Y de esos hombres hacen falta muchos; de los que no hablan y obran.

Se oye preguntar á menudo en Vitoria ¿qué será de aquel Iradier tan activo é ingenioso que tanto sabía? ¿Vivirá? ¿Continuará con sus entusiasmos geográficos ó habrá muerto víctima de las feroces fieras de las selvas africanas ó víctima de un clima insalubre?.....—Yo os respondo : Sí, vive. Haced un esfuerzo imaginativo y..... le veréis allí en Madrid dirigiendo un importante establecimiento mercantil, entregado á las tareas de una monótona y automática contabilidad comercial.

—Pero ¿es posible que aquel germen de un gran geógrafo y astrónomo se haya transformado en un tenedor de libros?—me interrogaréis.

—Triste es decirlo, pero no sólo es posible, sino que es un hecho realizado; Diréis que ello es consecuencia del hado, de la suerte, de la *jettatura* de los italianos, pues yo os afirmo que es la loca cubitraria mudanza de la vida (que no sabe á quien hiere) y la injusticia de las sociedades. ¿Sabéis cuáles son los restos que conserva de su pasada gloria?..... La persecución latente de las fiebres que contrajo en territo-

rio africano. No creáis por esto que sea un renegado de la vida y de los hombres; cada de eso, la desesperación y el rencor no tiene cabida en su alma grande y generosa; todo lo perdona.

II

Conocida es su filantrópica obra; conocidos son sus estudios físicos y las aplicaciones que hizo; conocidos sus trabajos geográficos, astronómicos y naturalistas y sobre todo esto y principalmente su colosal empresa de la exploración del Muni y su permanencia por espacio de años en los territorios de Fernando Póo, Elobey y los de la Guinea española, de cuya arriesgada campaña conservamos el recuerdo de su completa obra *África tropical*; conocida es la anexión que hizo á la Nación española de territorios por él explorados y adquiridos á costa de sus intereses privados, llevado de su acendrado patriotismo.....; y conocida es la manera en que fué recompensado y el premio otorgado á sus sacrificios por los gobiernos y la Nación. Sin embargo, no le importó capitalmente porque Iradier es el amante de la ciencia pura; ama la ciencia por la ciencia; por eso lo ha olvidado todo. Habladle en cambio de Vitoria y veréis cómo sus ojos relampaguean de amor á su patria chica.

Mas por eso no ha abandonado sus aficiones definitivamente; aun dedica á ellas todo el tiempo que le permiten sus ocupaciones. Pues Iradier, con los pies en los umbrales de la vejez, posee todavía el alma joven. No tiene de viejo más que su hermosa y reluciente calva y algunas arrugas de su faz. Así que es de contemplar el armonioso y filosófico cuadro que forma con su hijo Manolo compartiendo en sus cálculos á propósito de alguna constelación en algún anuario astronómico, ó mirando ambos á través de un telescopio este planeta ó aquel fenómeno celestial.... ¡Qué psicología más profunda la que se descubre cuando estudiando acompasadamente en el límpido cielo castellano se le oye decir «qué bien se divisan las franjas del anillo de Saturno!»..... Iradier no dejará el estudio, hasta que deje de respirar.

Sin embargo, como todo lo invade su avasalladora y flexible inteligencia, más placentero es para mí oírle discurrir sobre cuestiones filosóficas y problemas sociales, porque veo en sus criterios y razonamientos la voz del que habla, no de una filosofía estudiada, no de una filosofía de los libros con su consecuencia de complicados é ininteli-

bles sistemas y teorías, no un fuego artificioso de palabras, si únicamente una filosofía sencilla, clara, práctica. La filosofía de la vida y los cambios del vivir, que habla por la boca del que pasó airosa y triunfalmente por encima de las desilusiones y de los desengaños. Son enseñanzas de los hechos que en ella se operan.....

Así, cuando examinando su típica cabeza euskara, su mirada tranquila é inteligente y sus correctas facciones, le atiendo narrar afable y sonriente algún sucedido y le escucho comenzar acariciando su centicienta barba :

—Me sucedió en una ocasión.....

Figúraseme estar contemplando algún apóstol de los hebráicos tiempos; un apóstol de la verdad y el bien.

Aguzamos la atención, cuéntanos con gracejo y en tono ameno y jocoso su anécdota ó narración y al final reimos alegre y regocijadamente..... pero en el fondo de esa risa va nuestro agradecimiento por la seriedad de la lección que nos ha dado; una lección de vida..... Aquella historieta ya no se nos olvida jamás.

Digno es y acreedor D. Manuel Iradier á una biografía, pero á pesar de ser muy á propósito para ello su vida é historia, yo no poseo datos y noticias completas para hacerlo y además es muy humilde mi pluma para emprender tal trabajo.

Conténtome entre tanto con exaltar este débil homenaje de rehabilitación á su persona, confiando que me dispense esta osadía.

¡Loor al explorador del Muni!

LORENZO DE MUGUIRO.

